

cosa tan usual en la cocina....

—La salsa no la sé hacer, señorita,—repuso Juana toda confusa y dando vueltas á una punta de su delantal entre las manos;—si vos quisierais decirme cómo se prepara!

—¿Acaso lo sé yo?—exclamó Enriqueta con enojo;—esa es cuenta vuestra y no mía; todas las cocineras saben hacer salsas.

—¡Ya previne á la señora cuando me recibió, que yo sabia pocos guisos; por eso me quedé por tan poco salario!

Enriqueta iba á estallar en dicitos contra la criada; pero Mariana dijo suavemente:

—Si quieres, Enriqueta, yo la enseñaré; sé hacer la salsa de cebolla.

¡Ah, es verdad,!--exclamó Enriqueta riéndose burlonamente,—no me acordaba de que tenías el tratado de *La buena cocinera*.

—De *La buena ama de casa*, prima mía, y ya ves cómo esto puede servir algunas veces,—dijo Mariana siguiendo á Juana.

En la comida, monsieur Derval dijo que en su vida había comido una liebre más delicadamente compuesta. Juana, que estaba sirviendo á la mesa, dijo:

—La señorita Mariana me ha enseñado á hacer esta salsa.

Enriqueta se puso á reir á carcajadas, pero su padre le dirigió una mirada tan severa, que la obligó á bajar la vista encarnada y confusa.



## III.

Al día siguiente, Mariana, según su costumbre, se despertó á las seis: cansada de dar vueltas en su lecho, se vistió despacito para no despertar á su prima y salió de la habitación; recorrió toda la casa buscando en qué ocuparse, pero todos los aposentos estaban silenciosos y hasta la criada dormía; triste por no tener que hacer, fué á sentarse en el comedor, desalentada y con los ojos llenos de lágrimas.

Un instante después madama Derval salió de su cuarto.

—¡Cómo!—exclamo al verla—¿Ya estás levantada? ¿Pero lloras? ¿Qué es eso? ¿Dónde está Enriqueta?

—Mi prima duerme,—dijo Mariana abrazando á su tía; yo he salido despacito para no despertarla; si me he levantado pronto, tía mía, es porque esta es mi costumbre. ¡Perdonadme, vos sois tan madrugadora como yo!

—¿Pero por qué tienes los ojos llenos de lágrimas? ¿Estas mala? ¿Has dormido mal?

—¡Oh, no, tía mía! ¡Vos sois muy buena! Yo

no estoy mala nunca, pero es preciso que me deis alguna cosa que hacer, porque no me podré acostumbrar á estar ociosa. ¡Me moriría de fastidio!

—¿Y qué, por eso lloras?—exclamó riendo madama Derval;—tranquilízate, que yo te daré ocupación.

—¡Pero vos no sabeis, tía mía, que yo soy muy ignorante, ni bordar sé! ¡Soy muy desgraciada al confesarlo, pero yo no sé hacer nada de lo que hace mi prima! ¡No obstante, os pido que me empleéis, por Dios, en alguna cosa! Yo sé cuidar una casa, porque yo cuidaba la de mi pobre papá en Abbeville.

—Yo te prometo ocuparte,—dijo la señora.—y ahora, para distraerte, te voy á llevar conmigo; iremos al mercado, porque hoy es sábado y haré las provisiones para dos ó tres días.

Un cuarto de hora después, madama Derval y su sobrina, seguidas de Juana, que llevaba un gran cesto, llegaban á la iglesia de San Eústaquio, que se eleva delante de los mercados del centro.

—Entremos á rezar,—dijo madama Derval.

Cuando la huérfana hubo elevado su corazón hacia la Providencia, que acababa de darle una nueva familia, se dedicó á admirar las altas bóvedas, majestuosas y elegantes, las capillas escultadas, las bellas pinturas y la admirable decoración de aquel hermoso templo.

El mercado excitó también su admiración.

Mariana siguió con atención las instruccio-

nes de madama Derval; cuando volvieron á casa, le dijo dulcemente:

—Mi querida tia, creo que yo sabré hacer las compras como vos; si no quereis levantaros tan temprano, yo os reemplazaré é iré con Juana.

—Eres una excelente niña y te doy gracias por tu buena voluntad,—dijo madama Derval muy enternecida del ofrecimiento de su sobrina.—ya veremos:

Después de la adquisición de las provisiones para la despensa, enviaron á Juana á casa con el cesto, y madama Derval y su sobrina entraron en una tienda de telas, donde aquella hizo algunas compras.

Cuando volvieron á casa, aún dormía Enriqueta, y entraron en el comedor; madama Derval puso sobre la mesa algunos paquetes, y dijo á su sobrina:

—Aquí tienes ocupación, hija mía. He visto en tu maleta patrones de vestido y de paletot, y aquí tienes tela para un traje de alpaca negra, bonita y fina, y percal blanco para enaguas; ya no podrás sentir en algunos dias la falta de quehacer.

—¡Ah, tía mía!—exclamó Mariana.—¿Conque todas estas compras eran para mí? ¡Cuan buena sois y qué agradecida os estoy!

Y la niña desenvolvió los paquetes, y se puso á contemplar las telas, con tanta admiración como enternecimiento.

—¡Pero esto es demasiado hermoso para mí.—dijo mirando la alpaca,—esto debe ser para

mi prima. Tía mía, no os enfadéis . . . pero yo creo que Enriqueta debe tener vestidos usados y pasados de moda, que no querrá llevar . . .

—¡Y qué!—repuso madama Derval.—¿Pien-  
sas, querida Mariana, que yo consentiré en que  
vistas los deshechos de tu prima? No, no, eso  
es para tí.

—Tía, yo soy más pequeña de estatura que  
Enriqueta,—dijo Mariana, y además,—añadió  
con su bella y angelical sonrisa,—vos no sa-  
béis, tía mía, que yo tengo un talento muy  
particular, como decía mi papá, para hacer de  
cosas viejas cosas nuevas. Dejadme probar y  
veréis, y si queréis hacerme muy dichosa,  
guardaos esta hermosa alpaca tan brillante y  
tan fina, para hacer á mi prima un lindo traje  
de luto de verano; ella tiene en este gran París  
amigas elegantes, lo sé porque me lo ha dicho;  
yo no tengo conocimiento alguno y de cual-  
quier manera estoy bien, y con esta tela nueva  
haré yo un traje á mi prima, según mi gusto.  
¡Ya veréis que bonita está, tía mía!

Madama Derval se enjugó con disimulo dos  
gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas,  
y dijo á Mariana:

—Quédate, á lo ménos, la tela para las ena-  
guas.

—¿No iremos este verano á la casa de cam-  
po?—preguntó aquella.

—Nos iremos dentro de muy pocos días,—  
respondió la señora,—así lo ha dicho tu tío.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó Mariana,—

yo adoro el campo: pero tía mía, ¿he de ha-  
cerme enaguas blancas para correr por el jar-  
dín? ¡Oh, no; tendría miedo de mancharlas y  
la pobre Juana no tendría tiempo bastante pa-  
ra lavar! Yo he visto en el armario de En-  
riqueta algunos vestidos viejos de percal y ha-  
ré de ellos lindas faldas interiores para mí; les  
pondré un ribete de un galón de lana, y podré  
ir de la bodega al granero y del granero al  
jardín, sin temor de romper enaguas blancas  
y delicadas como las que lleva Enriqueta, y  
de las que yo nunca he tenido: y además, yo  
guardo algunas varas de una guarnición bor-  
dada que me regaló una señora de Abbeville y  
podré guarnecer dos de las que tengo; eso es  
de buen gusto; porque lo he visto recomendado  
en el periódico de modas que recibe Enri-  
queta.

—Pero, hija mía,—exclamó madama Derval,  
—tú eres demasiado buena, demasiado modes-  
ta. ¿Temes serme gravosa, no es verdad?  
Tranquilízate, pues, y déjame hacer por tí á lo  
menos lo que pueda que no será mucho; esas  
compras son de algunos ahorrillos que yo te-  
nía, y las he hecho para tí.

—Yo os doy mil gracias, mi buena tía,—  
dijo Mariana,—pero mirad, tan poco acostum-  
brada como estoy á tocar el piano y á bordar,  
estoy á llevar esas cosas. . . . . ¡Ah! creo que  
oigo á Enriqueta: guardaré todo esto, porque  
quisiera darle una sorpresa.

En un instante Mariana volvió á hacer los  
paquetes, y los sumergió en el fondo de un ar-

mario del comedor, mientras que su tía, admirada y enternecida, iba á contar esta conversación á su marido.

Un gran armario, que contenía los trajes fuera de uso, fué puesto á disposición de Mariana, con gran contento suyo, aquella misma tarde; al instante halló de qué hacerse media docena de faldas de color, y después llevó al comedor un vestido negro y otro gris, desdeñados por Enriqueta, pero aún en buen estado.

Mariana traía además en la mano dos de las pequeñas botellas que se habían quedado en su maletilla de viaje, y de las cuales tanto se había burlado su prima.

Descosió ágilmente los vestidos, y extendiéndolos sobre la mesa se puso á limpiarlos con el agua de los frascos, dejando muy pronto la tela fresca y como nueva.

—¿Quién te ha dado esa agua?—le preguntó Enriqueta no pudiendo menos de reconocer la ventaja del líquido.

—Yo la he hecho,—respondió sencillamente Mariana,—se compone sólo de algunas hierbas y de alcohol, y es la mejor de las aguas conocidas para limpiar telas, aunque sean las más delicadas.

Mariana empleó todo el día del sábado en limpiar y preparar los dos trajes viejos de su prima; al día siguiente, que era domingo, Monsieur Derval y su familia fueron con su sobrina á visitar el Louvre y las Tullerías.

El lunes, á las seis de la mañana, Mariana se hallaba cosiendo en el comedor, y el sábado

siguiente por la tarde, presentó á su tía y á su prima dos trajes, que le estaban maravillosamente, y seis enaguas de percal de fondo blanco con florecitas y cuadros, bordeadas cada una de una cinta de lana del color del dibujo.

—No están mal hechas las enaguas,—observó Enriqueta desdeñosamente,—pero supongo que no pensarás salir en París con ellas.

—No, prima mia,—respondió la hueifanita,—Estas están destinadas solamente al campo; mientras estemos en París, tengo todavía dos enaguas blaucas que llevar.

Acercándose luego á madama Derval, le dijo en voz baja:

—Ahora, querida tía, ya he trabajado bastante para mí, y os suplico que me dejéis ocuparme de mi prima durante la madrugada; de este modo, mientras vais á paseo, le haré su traje nuevo.

Pocos días después anunció monsieur Derval en el almuerzo, que el viaje al campo estaba próximo, y que convenia hacer los preparativos de la marcha.

—¡Dios mio!—exclamó su esposa,—que traigan nos espera ¡Ahora una mudanza de casa!

—Es preciso,—observó monsieur Derval;—avisé al casero que dejábamos el cuarto, se ha alquilado y la semana que viene quiere ocuparle ya el nuevo inquilino.

Enriqueta dejó escapar un profundo suspiro; aunque ya sabía que se iban al viejo caserón que tanto detestaba, no creía que la marcha fuera tan pronto.

—Mamá,—dijo,—es preciso empezar nuestras despedidas desde mañana, ¡y lo siento mucho, porque mi traje de luto se ha puesto muy ajado, ¿cómo haré? Todavía no puedo aliviarme el luto de mi tío con un traje gris, y no hay tiempo que perder.

—Prima mía,—observó Mariana,—no te desconsueles por tan poca cosa; ve al cuarto de mi tía y allí encontrarás con qué remediar ese mal.

Enriqueta, de muy mal humor, se dejó conducir por su prima al cuarto de su madre; pero una vez allí, la expresión de su rostro cambió por completo y la joven dejó escapar un grito de alegría.

Extendido sobre el sofá, se veía un lindo traje de alpaca con paletó igual, y una enagua fina adornada de un entredós bordado y de algunos plieguecitos menudos.

—¡Oh, qué bonito es todo esto!—exclamó Enriqueta batiendo las manos con alegría.—¡Ah mamá, cuánto te lo agradezco!

—No es á mí á quien debes agradecerlo,—observó madama Derval,—sino á tu prima; ella es la que te ha cedido estas telas, que yo había comprado para su uso, y ella la que ha cortado y cosido lo que ves.

—¡Oh, Mariana, qué buena has sido para mí—exclamó Enriqueta abrazando á su prima.

La huerfanita sintió que sus ojos se llenaban de dulces lágrimas de gratitud al recibir estas muestras de afecto.

—No me des gracias por eso. mi amada En-

riqueta, —respondió,—soy ágil para coser y estoy tan acostumbrada á ello, que lo hago muy fácilmente.

—Según veo,—se dijo monsieur Derval,—mi sobrina va á mimar á Enriqueta tanto como mi mujer, y no es eso lo que yo desearía.

## IV

Durante los días que costó de desalojar la casa y de preparar el viaje al campo; fué sobre todo cuando monsieur y madama Derval pudieron admirar la destreza y vivacidad de Mariana.

Mientras que Enriqueta se quejaba del polvo, del calor y de la fatiga, y no sabia por donde empezar al ver su ropa blanca, sus vestidos, sus alhajas y esos mil juguetes de tocador, tan caros para los jóvenes, Mariana abría riéndose las maletas y los guardaba en ellas con una ligereza maravillosa y un orden perfecto; arreglaba paquetes, los cosía, les ponía la dirección

por escrito; embalaba las porcelanas, los vasos, las lámparas; acudía á todas partes, ayudaba á Juana con sus consejos, tanto como con sus manos, y reñía á su tía, que se fatigaba, decia, *sin deber hacerlo, puesto que ella estaba allí.*

De cuando en cuando, su vocecita pura y fresca cantaba una melodía que había oído tocar á su prima en el piano, como si quisiera atestiguar su contento en medio de tan penosas faenas.

—Es un pajarito que alegra la casa,—decia su tía,—una hada benéfica que Dios nos ha enviado.

En fin, el día fijado, todo estuvo pronto, y nuestros cinco personajes tomaron el camino de Etampes, después de haber hecho colocar los equipajes.

Al llegar al viejo castillo, Mariana dejó escapar exclamaciones de placer y de admiración, contemplando aquellas ruinas majestuosas, cubiertas de yedras, de musgo y de altas hierbas; admirando la cintura de grandes árboles que rodeaban la antigua casa, y el bosque sombrío y verde que delante de ella se extendía.

—¡Esto es espléndido!—exclamó la huerfanita;—Enriqueta, no me habías dicho nada de tan hermoso castillo.

—Ya lo has visto dibujado en mi album,—repuso mademoiselle Derval.

—No creía... no suponía que fuera tan pintoresco.

—Un dibujo hecho por la mano de Enrique-

ta no puede dar sino una idea muy pobre de este sitio,—observó monsieur Derval.

—Tío mio, yo no he querido decir eso,—murmuró Mariana confusa del bochorno de su prima.

—Si no lo has dicho, al menos lo has pensado, como todas las personas á las que Enriqueta tiene la tontería de enseñar su álbum de dibujos con gran ostentación.

—Papá,—dijo Enriqueta colorada de despecho,—tú me has dicho, sin embargo, que había en él algunos buenos dibujos.

—Sí, por cierto, los primeros; los que hacías en el tiempo en que te aplicabas, porque no te creías una eminencia en el dibujo; hija mía, si quisieras, llegarías á ser algo; no se trata más que de *trabajar todos los días un poco*, poniendo en práctica la lección de Lafontaine.

Monsieur Derval salió de la estancia para ocuparse del arreglo de sus libros y papeles, y madama Derval quedó sola con las dos jóvenes para desembalar, pues Juana tuvo que ir á disponer la comida.

Enriqueta se dejó caer desalentada en un sillón y exclamó:

—Yo renuncio á esto; ¡dos veces en un día hacer y deshacer paquetes, es demasiado, estoy rendida y hasta mañana no puedo ocuparme de estas cosas!

—¡Bah!—dijo Mariana.—¡Si esto no vale nada, ayúdame un poco solamente, y verás que pronto queda cada cosa en su sitio; yo deseo mucho acabar para ir á visitar toda la casa, el

jardín y el bosque.

—¡Dios mío!—exclamó lánguidamente Enriqueta.—¿Y es para eso para lo que te das tanta prisa? ¿qué diversión has de hallar en esas correrías? ¡El bosque está húmedo, el jardín es de lo más feo! ¡no hay nada en él!

—¿Y las ruinas vestidas de musgo y de guirnaldas de liquen?

—Y llenas de arañas y de ratas.

—¿De modo que no querrás venir conmigo?—exclamó Mariana llena de asombro;—y sin embargo, debe ser muy hermoso el ir por las mañanas á la descubierta.

—¿Qué es eso de *la descubierta*? no te entiendo y me admira mucho que todo lo veas tan risueño.

—¿Pero acaso no es interesante el visitar los alrededores de un viejo castillo, las ruinas, las piedras y hasta los sitios cubiertos de espesa hierba? ¿Y el jardín y el bosque? ¡oh! eso es hechicero; tan pronto se descubren guirnaldas trepadoras de liquen y yedra, tan pronto animalitos que corren por la hierba, y que el buen Dios cuida de alimentar: se hallan nidos de pájaros y hermosas flores salvajes.....

—¡Sí, sí, es una gran dicha!—interrumpió Enriqueta con su sonrisa amarga y burlona,—vé á ver salir el sol, querida Mariana, ya que te gusta tanto madrugar; corre en el bosque y en el valle vecino, tanto como quieras; estropéate los vestidos, fatígate, pues que eso te gusta; en cuanto á mí, no quiero ir á ver salir la aurora, sino que ella venga á mi lecho á buscarme; des-

pués de todas las fatigas de un cambio de casa; pienso que está más puesto en razón el reposar un poco.

Mariana se sonrió al escuchar esta conclusión en los labios de su prima.

A la hora de la comida, gracias á su incesante actividad, se halló todo en su sitio, y todo en orden, y cuando Juana fué á avisarla que la esperaban en la mesa, no pudo menos de lanzar un grito de admiración al observar la acertada distribución y el arreglo perfecto del cuarto de la joven.

—¡Ah, señorita Mariana!—exclamó;—á todo lo que pasa por vuestra mano, parece que le cae una bendición; ¡qué bonito está esto, qué limpio!

Al día siguiente, á las siete de la mañana, Mariana se puso sobre su calzado unos chanclos, se vistió con un traje de indiana negro con lunarcitos blancos y, cubriéndose la cabeza con un sombrero de paja ligero y cómodo, salió á *la descubierta*, según ella decía con su ingenuidad de niña; empezó á recorrer el jardín, inmenso terreno plantado de árboles frutales, cuyas hojas empezaban á desenvolverse; dió la vuelta á los muros, altos y en buen estado; examinó los albericoqueros y perales jóvenes que sólo exigían un poco de cuidado para dar en adelante una buena cosecha; las hierbas espesas y vigorosas acusaban una tierra nueva y fértil; en seguida se encaminó al bosque por una doble calle de castaños y de espinos, y admiró, con el profundo placer de un alma de ar-

tista, aquellos árboles seculares, cuyos troncos desaparecían bajo las guirnaldas de yedra: las ramas frondosas é incultas interceptaban el paso; por entonces tuvo que renunciar á penetrar en aquel santuario de verdor, y volvió atrás.

—Mi tío hará muy bien en mandar que poden su bosque,—se dijo Mariana,—y tendremos mucha y buena leña para el invierno.

Dirigióse por el lado de las ruinas, respirando el aire puro de la mañana, mirando el cielo azul tachonado de nubes de plata, cogiendo acá y allá una florecita ó una hierba, deteniéndose delante de un grupo de carrasca silvestre, como el pajarillo que reposa sobre una rama. Mariana escuchaba el canto de los insectos y los mil ruidos de la naturaleza, que se asemejan, por la mañana, á un himno de alabanza al Todopoderoso.

Llegó, por fin, la valerosa niña en medio de las ruinas: era una de las alas del grandioso castillo, que había venido al suelo con el peso de los años; desde allí, vió Mariana las altas paredes grises desgastadas y roídas por la yedra, y al lado derecho apercibió una larga escalera que conducía á un terrado, cuyo pavimento se hallaba cubierto de musgo verde y de algunas hierbecillas, nacidas en sus grietas, cuyas cabecitas estaban coronadas de una flor, canto de amor al mes de mayo.

El terrado, guarnecido de un pretil de piedra, dominaba todo el valle. Mariana tendió los ojos en derredor suyo, y dejó escapar un grito de sorpresa y de admiración.

Descubriase, por un lado, el bosque que se extendía como un magnífico manto de verdor; por otro, inmensas viñas, anchurosas praderas, vergeles llenos de frutos y de flores y extensos jardines: á sus pies, y siguiendo la vía férrea, como un monstruo alado, llegaba un tren á todo vapor; á lo lejos se oía la campana de la ermita llamando á los fieles; toda la campiña se veía sembrada de quintas y de casitas blancas; un arroyo se deslizaba como una cinta de plata á través de la verdura de los campos; más lejos, colinas, bosques y otras ruinas que aparecían vagamente á través de los vapores del matinal rocío; los arbustos, los grandes árboles y hasta las hierbecillas, se mecían susurrando dulcemente; la voz del pastor, debilitada por la distancia, llamaba á lo lejos á los rebaños y á los perros que salían del establo.

El corazón de Mariana se elevó hácia Dios, y en una muda y ferviente plegaria, pidió al Creador que derramase sus bendiciones sobre aquel viejo castillo y sobre la familia que lo habitaba.

Eran ya cerca de las ocho cuando la huérfanita volvió á casa; Juana se hallaba en el umbral de la puerta y la dijo que todos se hallaban ya levantados.

—Entonces,—dijo Mariana,—ya puedo ir á hacer una excursión al granero sin temor de despertar á nadie.

Pero, al llegar á la puerta, vió que ésta se hallaba cerrada, y tuvo que volver á la cocina, y buscar un grueso manojó de llaves enmohe-

cidas para ver si hallaba la que le hacía falta.

—¿No sube nunca mi tía al granero?—preguntó á Juana.

—No, señorita,—respondió ésta,—ni el señor tampoco; este castillo les pertenece sólo desde el último verano, y la señora y la señorita le han habitado nada más que dos meses: el señor se quedó en París, á causa de no poder dejar su despacho, y la señorita Enriqueta no quiso estar aquí más largo tiempo, porque se aburría mucho.

—Aquí hay una llave que me parece debe ser la de la puerta del granero,—dijo Mariana,—voy á ver lo que hay en él.

—Id, señorita, id,—dijo la buena Juana riéndose;—no es malo ser curiosa, pues siempre sirve para alguna cosa el serlo.

Mariana subió corriendo, abrió la puerta del granero y se halló en medio de un caos de toda clase de objetos; el anterior propietario debía haber relegado allí un mueblaje entero y numeroso; dos antiguas cómodas muy grandes, guarnecidas de cobre cincelado, estaban medio ocultas por algunas viejas sillas descompuestas y por pedazos de alfombra en malísimo estado: sobre un artesón de madera se veía un gran reloj de remota fecha y una jaula de pollos, de las que se ponen en las cocinas, sostenía una enorme cantidad de libros devorados de polvo y cubiertos de telas de arña; muchos y grandes cuadros se hallaban vueltos contra la pared.

—Bueno,—se dijo Mariana;—en primer lugar he descubierto algunos objetos de lujo cuya e-

xistencia ignoran mis tíos; yo volveré; por ahora cierro y me guardo la llave en el bolsillo; lo que hay aquí vale algo.

## V

El almuerzo se hizo más temprano que en París; y al levantarse de la mesa, monsieur Derval dijo que iba á buscar á un jardinero de las cercanías.

—Tu tía está un poco fatigada,—añadió dirigiéndose á Mariana,—así, yo te ruego que te vayas á paseo con Enriqueta hasta la quinta situada detrás del bosque, arréglate con la arrendadora para que nos traiga todas las mañanas leche y huevos, y ajusta el precio de estas provisiones; yo confío en tu buen juicio para este asunto.

—Tío,—dijo Mariana,—sólo compraremos huevos hasta que nosotros tengamos gallinas.

—Te dejaré el cuidado de tenerlas, mi pequeña ama de gobierno,—observó monsieur